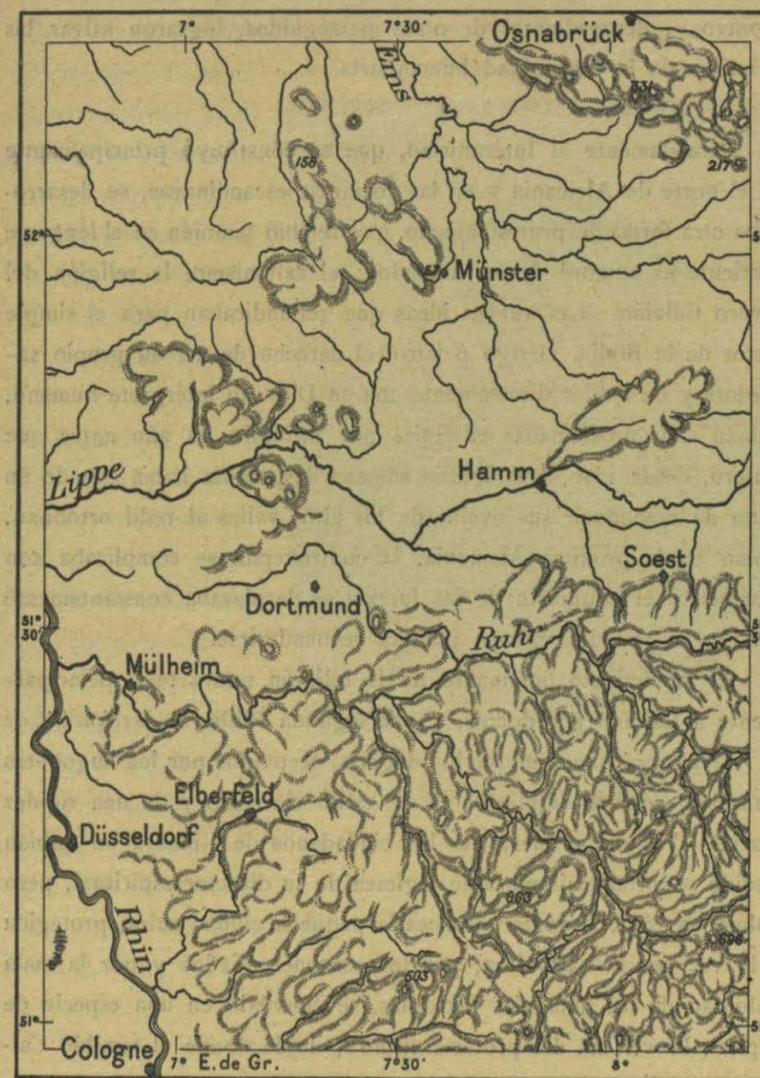


los que habían abierto la Biblia, los había que deseaban reconstituir aquella Iglesia de los primeros días, que había puesto en común todos los bienes terrenales para no haber de ocuparse más que de la salvación eterna. Los «anabaptistas» de las ciudades holandesas y del noroeste de Alemania, reformados que veían en el bautismo de los adultos un acto simbólico de conversión personal y de convicciones activas, eran de los que, desde la vida presente, querían hacer que el cielo bajara á la tierra y suprimir esos odios interesados que hacen nacer el tuyo y el mío entre los hombres; mas para eso necesitaban salir de toda sociedad oficial, ignorar los amos y sus decretos. Á pesar del recuerdo de las recientes matanzas de campesinos, aquellos comunistas osaron agruparse en sociedades independientes. Desde 1533, la ciudad de Munster, en Westphalia, fué un municipio donde todas las antiguas leyes quedaron abolidas. El oro, las joyas, hasta las telas ricas fueron entregadas al tesoro común. Las casas de los burgueses y de los nobles fugitivos fueron el albergue de los ciudadanos pobres, en tanto que los extranjeros que acudieron para gozar de la bella igualdad en la ciudad libre, tomaron las iglesias por viviendas. Cada uno continuaba trabajando en la obra para la que se sentía útil y recibía á este efecto las materias primeras. Las comidas eran públicas, cada uno velaba para no tomar más pan que lo que exigía su apetito. Una sociedad semejante hubiese sido un ejemplo demasiado peligroso para que pudiera ser tolerada, y los príncipes protestantes de la baja Alemania, unidos al obispo titular de la ciudad, la tomaron por asalto (1535), asesinando á sus defensores. El cuerpo de Juan de Leyde, el rey de la «Nueva Sión», permaneció mucho tiempo expuesto en una jaula de hierro colgada en la torre de la catedral. La rabia de destrucción fué tal que se cebó hasta contra todos los documentos que referían la vida de los anabaptistas y los acontecimientos en que tomaron parte: se hubiera querido destruir hasta el recuerdo de su existencia, y aun en nuestros días la historia oficial de la insurrección de Munster se resume en la lista de los abusos de autoridad que Juan de Leyde hubiera cometido.

La secta religiosa que, aparte de toda ambición política ó social, se proponía únicamente conservar la enseñanza dogmática y el nom-

bre originario, tuvo que hacerse muy humilde para obtener el derecho de manifestarse al margen de la sociedad protestante, distinguiéndose

N.º 379. Munster y sus inmediaciones.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

entre todas las comunidades por su respeto al orden establecido. Los Mennonitas que de Holanda pasaron á Alemania, luego á Rusia

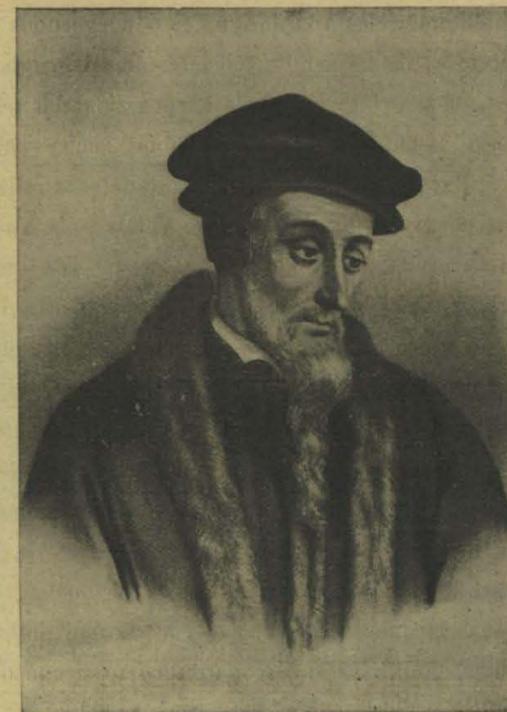
y que tres siglos después hubieron de huir todavía al Canadá, á los Estados Unidos y á la República Argentina, conservaron sobre todo, como por herencia, la obligación estricta de buscar la paz, de evitar toda violencia, de execrar las armas, en tanto que los «hermanos Moravos», descendientes de otros perseguidos, lograron salvar las prácticas de la fraternidad humanitaria.

Paralelamente al luteranismo, que se constituyó principalmente en el norte de Alemania y en las comarcas escandinavas, se desarrollaba otra forma de protestantismo, que recibió también en el lenguaje corriente el nombre de su fundador: el calvinismo, la religión del severo Calvino. Las nuevas ideas que reivindicaban para el simple lector de la Biblia, clérigo ó laico, el derecho de ser su propio sacerdote y de hablar directamente con su Dios sin intérprete humano, habían sido proclamadas en Suiza por Zwinglio un año antes que Lutero, desde 1516, y la Iglesia romana desposeída había tratado en vano de reconducir sus ovejas de los altos valles al redil ortodoxo. Como en la próxima Alemania, la controversia se complicaba con batallas, y el equilibrio de las fuerzas se desplazaba constantemente sin que el antiguo régimen pudiera reconstituirse.

El movimiento dominante de la religión nueva tuvo principalmente á Calvino por doctor, y por segunda Biblia la *Institución de la religión cristiana*, en que los dogmas, aceptados por los hugonotes franceses, estaban expuestos en un estilo clarísimo y de una rigidez glacial. Ya una primera vez los ciudadanos de Ginebra no habían podido soportar el implacable régimen de su director espiritual, pero volvió en 1541, y desde entonces la pequeña ciudad suiza, protegida á la vez por la naturaleza, por los cantones aliados y por la mala voluntad de las potencias próximas, se convirtió en una especie de capital, la «Roma del protestantismo», desde donde el temible Calvino escribía sus cartas, enviaba sus emisarios y mantenía el ardor de la fe en toda la Europa tocada por la propaganda de la Reforma, y especialmente en Flandes y en Escocia. Por lo demás, la mitad calvinista de la religión protestante no toleraba la libertad de pensar como tampoco lo toleraban los luteranos: para el reformador de Ginebra como para el de Wartburg, todo hereje, es decir, todo hombre

que no pensara como él merecía la muerte. Calvino mostró con toda serenidad de alma esa intolerancia, cuando hizo prender y condenar á la hoguera al sabio físico y geógrafo aragonés Miguel Servet, que tenía al mismo tiempo la desgracia de ser teólogo y de haber emitido sobre la Trinidad opiniones contrarias á la ortodoxia calvinista. No sólo hizo Calvino quemar á Servet, sino que mandó también arrojar á la hoguera los ejemplares de sus dos ediciones de Claudio Ptolomeo¹.

Los tribunales de Ginebra eran, pues, inquisitoriales; mas por rigurosas que fuesen sus sentencias, no causaron tanto mal á las poblaciones como la austera y grosera concepción calvinista de la vida, siempre viciada por el remordimiento del pecado original, al que venían á añadirse



CALVINO

Cl. Kuhn, edit.

los mil pecados de cada día. «Zwinglio y Calvino abrieron los conventos, dice Voltaire, para transformar en un convento la sociedad humana».

El mapa religioso de Suiza y de Alemania occidental, según le trazaron los acontecimientos del siglo XVI, demuestra claramente que la iniciativa de los habitantes fué de escasa energía en la elección de las dos creencias que se hallaban frente á frente. La voluntad espontánea del pueblo apenas tuvo participación, en unas partes en

¹ *Geographical Journal*, 1902, p. 648.

la conservación de la religión católica tradicional, en otras en la introducción de la nueva fe. Puede hacerse constar fácilmente que los principados y cantones de Alemania y de Suiza tienen casi tan claramente señalados sus límites por la confesión religiosa como por la libertad política. Por una parte la conservación, por otra el cambio de culto se había hecho por mandato, no por la voluntad de los habitantes fieles á la antigua fe ó convertidos á la nueva. Según los intereses de tal familia reinante, de tal grupo de aristócratas directores, de tal clase burguesa en posesión del poder, se habían conservado los curas católicos ó se habían hecho venir pastores protestantes.

Pueden citarse como ejemplo de esas religiones impuestas el que presentan los dos cantones de Valais y de Vaud, ya contrastados por la forma de sus nombres, que, aunque con una significación casi análoga, «Gran Valle» y los «Valles», tienen sin embargo un aspecto y un tono tan diferentes. El corte es absolutamente neto; el límite de las religiones es idéntico al de las fronteras políticas: los que miran al Oeste, hacia Lausana, son protestantes y hubieron de serlo, bajo penas graves; los que se inclinan al Este, hacia Sión, permanecieron católicos, y la apostasía les hubiese costado cara. A la diferencia de las religiones correspondió la de las alianzas, de las instituciones, de las prácticas tradicionales, y, bajo las influencias opuestas que creaban los dos medios distintos, los habitantes de los dos cantones se desarrollaron como si constituyeran razas extrañas la una respecto de la otra, casi enemigas.

Los mismos contrastes religiosos y políticos en la cuenca rhenana: esta comarca tan notable tiene por eje medio el Rhin, que cruza del Sud al Norte otro eje, de importancia más considerable, el de toda Europa, representada sobre todo por las grandes llanuras que, desde Rusia, se prolongan hasta el Loira. Semejante disposición geográfica asegura al valle del Rhin ventajas excepcionales, seguramente utilizadas desde antes del período romano. El movimiento comercial había de seguir la corriente y hacer nacer grandes ciudades en todos los puntos de travesía, de detención forzosa, de confluencias ó de caminos convergentes acompañados con el curso fluvial. Las riquezas se acumulaban en consecuencia en los centros de actividad que se suceden á lo largo de esta línea de vida, bordeada por regiones mon-

tuosas y florestales y poblaciones relativamente bárbaras á la sazón. Pero toda superioridad prematura se paga, y los mismos privilegios de las ciudades ribereñas que no habían sabido federarse entre sí atrajeron muchas veces los asaltos y el infortunio. Toda clase de desgracias cayeron sobre aquellas ciudades, causadas principalmente por un doble parasitismo, el de los señores feudales, que habían le-



EL RÓDANO Y LA ROMA PROTESTANTE

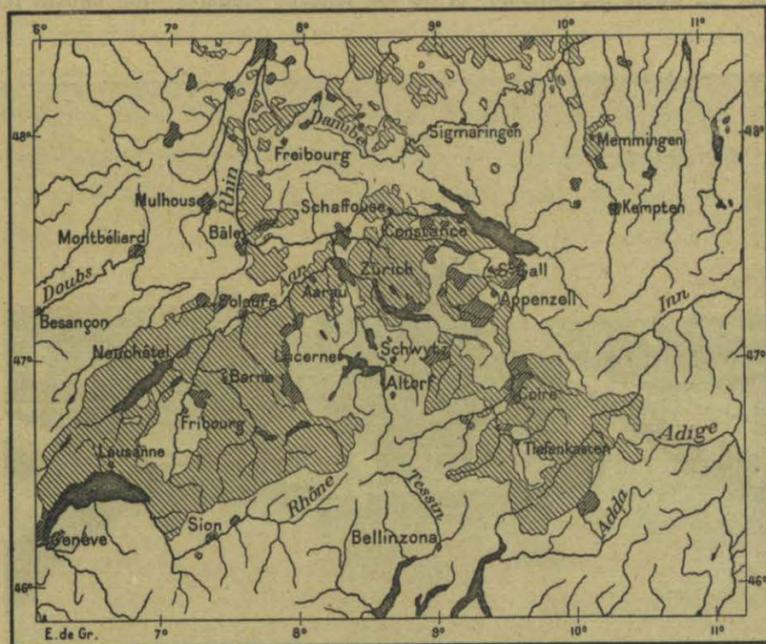
Cl. J. Kuhn, edit.

vantado sus torres de acecho sobre las rocas y cavado sus cavernas de botín en los promontorios, y el de los prelados, tanto más terribles cuanto que las riquezas venían á amontonarse por sí mismas, por decirlo así, en sus iglesias y conventos, aportadas voluntariamente por los peregrinos y compradores de indulgencias. Así también, cuando la gran crisis religiosa que produjo el fraccionamiento de la Iglesia cristiana occidental, las poblaciones rhenanas, exangües, explotadas á fondo, no tuvieron voluntad personal para manifestarse: recibieron órdenes, se hicieron protestantes ó permanecieron católicas según la voluntad de quienes mandaban: obispos obedientes á

Roma, ó grandes señores contentos con poder apoderarse de los bienes eclesiásticos.

Se dice que la persecución no triunfa jamás y que «la sangre de los mártires es la semilla de la fe»; pero mírese sencillamente

N.º 380. Protestantes y católicos en Suiza.



1: 3 500 000
0 50 100 200 Kil.

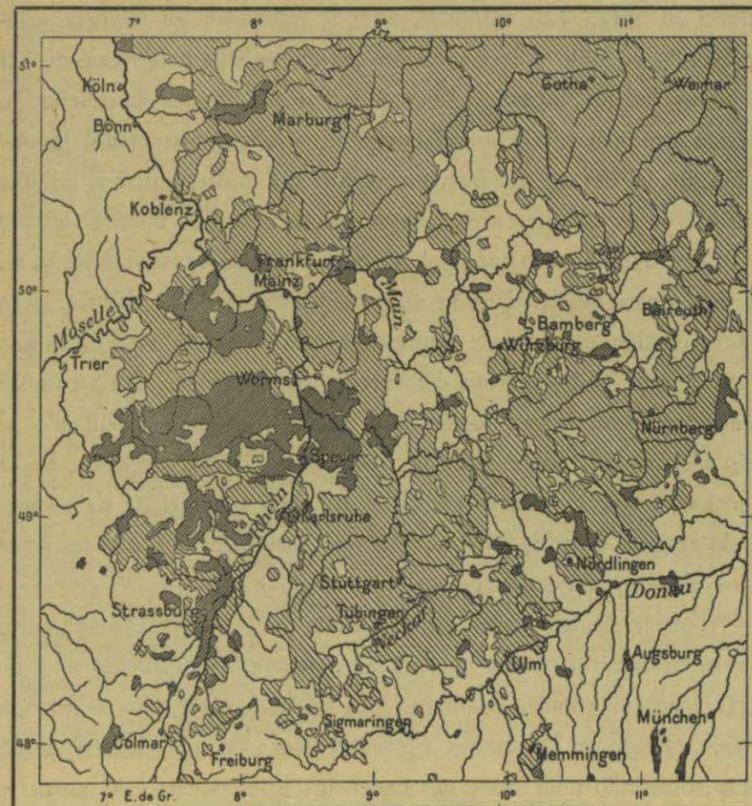
Sobre los dos mapas números 380 y 381, formados según el atlas Sydow-Wagner, los rayados anchos cubren los territorios en que los protestantes constituyen el 75 por 100 de la población; los rayados estrechos aquellos en que su proporción oscila entre 75 y 50 por 100.

el mapa de Europa, tal como se formó en la época de la Reforma, que subsiste casi idéntico en nuestros días: ¿con qué se han trazado esas fronteras sino con la espada, y con qué se han marcado sino con sangre? La historia lo atestigua: donde quiera que el poder político tomó resueltamente partido por una de las dos doctrinas que se disputaban las almas, las almas pertenecieron á aquella doctrina, católica ó protestante, es decir, á la fuerza ¹.

¹ Hyacinthe Loyson, *La grande Revue*, 1.º Septiembre 1900, ps. 504, 505.

Así fué como por la espada de los señores y por la sangre de las víctimas se estableció esa antinomia de la Alemania del Norte y de la Alemania del Sud, oposición que adquirió tan gran importancia en los dos siglos siguientes y que continuó existiendo, aunque bajo

N.º 381. Protestantes y católicos en Alemania del Sud.



1: 3 500 000
0 50 100 200 Kil.

una forma menos aguda: una frontera religiosa claramente trazada marcaba la separación de los respectivos territorios. En el Norte y el Nordeste, los dueños del suelo, y con ellos todos los habitantes que les obedecían, se habían adherido al protestantismo bajo la forma luterana; el landgrave de Hesse-Cassel, el elector de Sajonia, el duque de Mecklemburgo y de Pomerania se apresuraron á secularizar todos los bienes de la Iglesia romana que les parecían convenientes, y el

elector de Brandeburgo, gran maestro de la orden Teutónica, se aprovechó de la crisis para declararse duque hereditario de Prusia, bajo el señorío feudal de Polonia. Ésta estuvo á punto de pasar por completo al protestantismo: se evaluaba solamente en la sexta parte de la población el número de los habitantes que habían permanecido fieles á la antigua fe; pero allí también «el hierro y el fuego» cumplieron su obra. Los católicos, aunque quedaron en minoría, conservaron el cuchillo y le emplearon contra los más peligrosos de sus enemigos, los que, no satisfechos con la llamada libertad de conciencia, querían conquistar la libertad completa y su garantía eficaz, la posesión de la tierra. El fraccionamiento del protestantismo en una multitud de sectas diferentes y hasta enemigas facilitó tanto el triunfo de Roma, que en pocos años el terror restableció la unidad de la fe. La «reforma» del cristianismo fué como borrada de la historia, pero una revolución mucho más importante que se produjo en la misma época y salió todopoderosa del cerebro de un Polaco debía triunfar plenamente: era la revolución que operó Copérnico derribando el viejo sistema de Ptolomeo de las rotaciones astrales alrededor de la Tierra y restaurando como verdad definitiva y demostrada para siempre la antigua doctrina de Pitágoras que hace girar el globo terrestre y los planetas alrededor del sol.

Al norte de las llanuras germánicas, los Estados escandinavos, que se destacaron pronto de Roma, permanecieron adictos al protestantismo sin grandes conflictos. El poder había hecho inclinar la balanza al lado de las formas nuevas, á causa de que Gustavo Wasa había confiscado unos trece mil beneficios eclesiásticos. Al noroeste de Alemania había también penetrado el luteranismo desde los primeros años en las provincias del bajo Mosa y del bajo Rin; pero la Inquisición española se apresuró á perseguirle allí. Fué una lucha memorable la de los católicos, dirigidos por el duque de Alba, y de los reformados unidos agrupados alrededor de Guillermo el Taciturno: pocas veces ofrece la historia ejemplos semejantes de voluntades enemigas estrechándose con tanta energía, perseverancia y tenacidad, debido á que en ese drama emocionante y grandioso, no se trataba solamente de la forma de las genuflexiones ni de la redacción de las plegarias, sino también de la independencia política ó de la servi-

dumbre. Verdad es que en el conflicto fueron principalmente los Españoles, habituados hereditariamente á la matanza, quienes cometieron mayores atrocidades y derramaron más sangre: los precedentes y las exhortaciones de la Iglesia lo querían así. Bajo la terrible dominación del duque de Alba, cerca de diecinueve mil habitantes de



NUREMBERG — CASA ANTIGUA SOBRE EL PEGNITZ

Cl. J. Kuhn, edit.

la provincia de los Países Bajos fueron entregados al verdugo, ¡sin contar los innumerables que perecieron en los campos de batalla y en las ciudades entregadas al furor de los soldados! Se dice que Felipe II y su lugarteniente, haciendo juntos su examen de conciencia, convinieron en que las víctimas ajusticiadas jurídicamente debían quedar á cargo del rey, y que el duque de Alba respondería ante Dios de los herejes é inocentes sacrificados en la guerra ó en las matanzas. Por lo demás, uno y otro se sentirían en paz consigo mismos y quizá juzgábanse culpables del delito de clemencia, puesto

que recibieron la aprobación directa del papa por su obra de exterminio. Puede juzgarse del carácter que habían tomado las relaciones entre beligerantes por esta palabra del virrey, relativa á los sitiados de Alkmaar: «Cada garganta servirá de vaina á un cuchillo». Por otra parte, los ciudadanos de Leyde, atacados por la flota española, no vacilaban por un instante en arruinarse, en perder sus praderas y sus ganados para aumentar su fuerza de resistencia. «¿Se han de romper los diques?» pregunta el Taciturno. «Sí», responden los sitiados con voz unánime.

El resultado del largo y sangriento conflicto fué precisamente el que hacía prever la equivalencia de las fuerzas en lucha. La parte meridional del territorio disputado, es decir, aquel en que los ejércitos católicos de invasión se hallaban más cerca de las comarcas de reclutamiento y de abastecimiento, y donde tenían bajo sus pies el suelo más firme para establecer su campamento y trazar sus vías de comunicación, esa mitad belga del gran campo de batalla quedó en poder del extranjero y continuó profesando por fuerza la religión del vencedor, que era al mismo tiempo la de sus abuelos. Después de haber oscilado entre las dos confesiones, como lo hacía inevitable la evolución natural del siglo, Bélgica, sujeta por el hierro como sobre un cadalso, se vió obligada á repetir las viejas letanías, palabra por palabra, por orden de la Inquisición, y, como sucede siempre á causa del invencible amor propio de los hombres, esos mismos Flamencos y Walones que profesaban una fe impuesta por el terror, acabaron por conformarse nuevamente con ella con toda candidez, imaginándose devotamente que no habían intentado jamás escapar á la ignorancia hereditaria. En cuanto á los republicanos victoriosos de las siete Provincias unidas, que, por su parte, no dejaron de atribuir el buen éxito á su inteligencia y á su virtud, debieron mucho á las condiciones de la especie de tablero de ajedrez formado por los *pol- ders* y los canales que sus abuelos habían conquistado al mar y que transformaron en inexpugnable fortaleza de diques, de fosos y de lagos. Poseídos del orgullo consciente que les daba el triunfo, los Holandeses unidos realizaron maravillas de audacia y de vigor: pueblo pequeño por el territorio y por el número, hicieron, sin embargo, su nación poderosa, adquirieron por cierto tiempo la dominación de

N.º 382. Las Siete Provincias Unidas.



1: 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

El cordón rayado limita las siete provincias (desde Frisia á Zelanda), que se unieron por el tratado de Utrecht en 1579, y se separaron formalmente de España por el de la Haya el 26 de Julio de 1581.

La rebelión de los protestantes contra el régimen inquisitorial comenzó en 1566 y 1567; los sitios de Leyde, Haarlem, Alkmaar, etc., datan de 1572-1574; Guillermo el Taciturno fué muerto en Delft en 1584; las ciudades y provincias meridionales se sometieron en 1585, excepto Ostende, que no capituló hasta 1604.

los mares y, lo que es mucho mejor, tuvieron la noble satisfacción de convertir su país en lugar de asilo para los pensadores y los perseguidos.

En Inglaterra, como en el continente, la fuerza brutal tomó gran parte en los cambios religiosos que se llevaron á cabo. Desde un



LA VIRGEN DE TOLEDO, ABIERTA Y CERRADA

Las tropas francesas encontraron á su entrada en Toledo este instrumento de suplicio en uno de los subterráneos de la cárcel. Que haya servido ó no, lo cierto es que no respondía al dogma de la Inquisición de castigar sin efusión de sangre.

principio, Enrique VIII, conservador celoso de las cosas del pasado, lanzó imprecaciones contra Lutero, y erigiéndose en «defensor de la fe», llegó á ser entre los soberanos el principal campeón del papado; pero Enrique era un hombre colérico, violento é impulsivo, y cuando el papa se negó á pronunciar su divorcio con su mujer, Catalina de Aragón, de quien se había cansado después de

veinte años de matrimonio, comprendió súbitamente que el protestantismo tenía algo bueno para los reyes, y sin cesar de ser rígido católico, se divorció siguiendo su voluntad para casarse después en uniones sucesivas, mandando ó dejando con vida á sus mujeres, según los caprichos del momento. Quizá por falta de valor no se proclamó «papa», pero al menos se declaró (1534) jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, cuyos dogmas hizo retocar por un consejo de teólogos complacientes: desde entonces la Iglesia «Anglicana» pretende ser la continuación directa de la antigua Iglesia de que San Pedro es considerado como el primer Pontífice. Los bienes de los prelados, que representaban un valor de mil millones, parecieron también al rey buena presa y le sirvieron para recompensar á los adulares y á los verdugos; pero resistiendo algo la nación en distintos puntos, el rey no vaciló en quemar ó ahorcar á todos aquellos, católicos ó herejes, á quienes no había atraído el prestigio de su pa-

labra: los primeros debían morir porque no le reconocían como jefe de la Iglesia, los otros por blasfemos y adoradores del diablo. Como gran moralista, Enrique VIII contaba mucho con el ejemplo para la represión de las acciones y opiniones que juzgaba malas: durante su



Cl. J. Kuhn, edit.

PALACIO DEL AYUNTAMIENTO DE ALKMAAR

reinado no ahorcó menos de 72,000 súbditos. La lectura de la Biblia continuó prohibida á las personas del común: nueve años después de la repudiación del poder papal, declaraba un edicto del rey: «Las gentes de las clases bajas han abusado del privilegio de leer las Escrituras, por lo cual les queda prohibido hacerlo en lo sucesivo sin una licencia especial»¹.

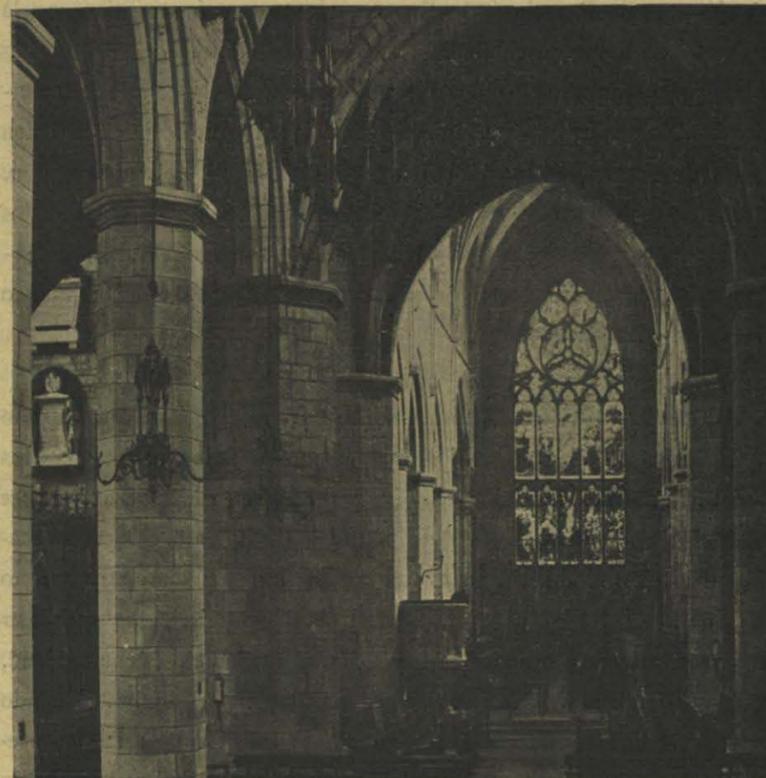
Grande fué el contraste entre las dos formas que la revolución religiosa tomó en Inglaterra y en Escocia. En el reino del Sud había sido aceptada, dirigida, contenida por la monarquía, y, bajo sus órdenes, por la nobleza y los prelados fáciles, pero sin que hubiera solución de continuidad, puesto que los antiguos templos habían sido conservados sin cambios para el nuevo orden de cosas y el ceremonial, los libros y los cánticos sólo se habían modificado ligeramente. En Escocia se produjo la crisis por un impulso más natural, procedente de la voluntad misma de una gran parte de la población relativamente instruída, que comprendía la burguesía, los segundones de las familias nobles, el clero pobre y hasta frailes, los agustinos y los dominicos². Sin embargo, el movimiento de conversión fué mucho más tardío que en el resto de la Europa occidental, por el simple hecho material de la distancia, debido á que Escocia se hallaba al extremo del mundo civilizado, sobre las orillas inhospitalarias de unos mares á la sazón muy poco explorados.

Pero si la reforma escocesa fué más lenta en su desarrollo que la de la Europa central, fué, no obstante, más rígida y seria. John Knox, el apóstol más celoso de esta evolución religiosa, conocía la miseria bajo todas sus formas, y hasta había remado dos años en las galeras francesas; en Ginebra, bajo la mirada del maestro, se había penetrado de la doctrina intransigente de Calvino; cuando volvió á su país, fué casi como conquistador y no solamente como predicador. Ante todo se midió con la reina regente de Escocia y la «monstruosa» María de Inglaterra, insurreccionando al pueblo contra ellas: prácticamente Escocia llegó á ser una especie de república, regida por pastores elegidos que frecuentemente fueron más poderosos que la corona. Knox murió en 1567, después de haber contribuído en gran

¹ Richard Heath, *The Captive City of God*, p. 89.

² Andrew Lang, *History of Scotland from the Roman Occupation*.

parte á la destitución de la reina María Estuardo. Cuando el entierro del reformador, el regente Morton pronunció estas palabras que muy pocos hombres han merecido: «¡Aquí reposa el que jamás tembló ante un rostro humano!»



Cl. J. Kuhn, edit.

EDIMBURGO — IGLESIA DE SAINT-GILLES DONDE PREDICABA JOHN KNOX

En cuanto á Irlanda, que en los primeros tiempos de la Edad Media tuvo una participación considerable en la introducción del cristianismo, permaneció obstinadamente cerrada á la forma nueva: le bastaba que la Inglaterra enemiga la hubiese aceptado para rechazarla. Verdad es que la reina Isabel se apoderó de los bienes del clero católico para dotar á los prelados anglicanos, pero éstos no por eso dejaron de permanecer distanciados del rebaño de fieles que se les había distribuído como arrendatarios y siervos. Estallaron rebeliones en muchos puntos, y los cuarenta últimos años del siglo XVI se